

## XVIII<sup>o</sup> Domingo en el Tiempo Ordinario

Quando George Washington tenía seis años de edad, le regalaron una hacha. Jugando con ella, él dañó el árbol de cerezas de su padre Agustín. Agustín descubrió el daño, se enojó, y enfrentó a su hijo. George le dijo a su padre: “No puedo decir una mentira. Yo lo corté con mi hacha.” Agustín Washington entonces abrazó a su hijo y le dijo que la honestidad era más valioso que mil árboles. Esa es una historia popular sobre el primer presidente de los Estados Unidos y sobre la importancia de ser honesto. Pero en realidad nunca pasó. George Washington murió en 1799. Mason Locke Weems inventó la historia y la puso en su biografía de Washington en 1806. Él no pretendía hacer daño, pero Weems dijo una mentira con el fin de mostrar el valor de decir la verdad.

Hoy en día la gente espera que el presidente mienta. Hace ocho años, aproximadamente el 30% de la gente pensó que los dos candidatos presidenciales estadounidenses eran deshonestos; hoy aproximadamente 60 a 70% piensan que los dos candidatos son deshonestos. Sin embargo la gente votó por ellos en las primarias. Somos casi demasiado descuidados cuando se trata de mentir.

El Catecismo de la Iglesia Católica dice: “La mentira consiste en decir falsedad con intención de engañar.” El octavo mandamiento dice, “No darás testimonio falso contra tu prójimo.”

La gente miente por varias razones. A veces porque han hecho algo mal, y lo cubren informando algo diferente. Otras veces porque quieren dañar a alguien, los engañan con acciones nocivas. Algunas personas mienten cuando solicitan un trabajo. Por lo general, las personas mienten con otro propósito en mente - con la esperanza de conseguir un buen resultado para ellos mismos o un mal resultado para alguien que odian.

La tradición cristiana defiende la importancia de la verdad. El Evangelio de Juan dice que Jesús vino “lleno de gracia y de verdad.” Jesús prometió que nos enviaría “el Espíritu de la verdad.” Les dijo a sus discípulos que “la verdad los hará libres.” Después de su detención, anunció que él había venido “para dar testimonio de la verdad”, lo que provocó que Pilato preguntara, “¿Cuál es la verdad?” Tal vez Pilato estaba tan familiarizado con la mentira que había olvidado lo que era la verdad.

Al final de cada carta, San Pablo da algunos consejos prácticos para sus lectores. En la Carta a los Colosenses, él les dice, “Den muerte, pues, a todo lo malo que hay en ustedes: La fornicación, la impureza, las pasiones desordenadas, los malos deseos y la avaricia que es una forma de idolatría.” Y luego dice directamente y muy fuerte, “No sigan engañándose unos a otros.” Él tiene una razón específica: no para que los colosenses puedan llegar a ser buenas personas, sino porque ya lo son. Ya han sido resucitados con Cristo por el bautismo. Ellos ya están escondidos con Cristo en Dios. Ya están con Cristo, que está sentado a la derecha de Dios. San Pablo nos pide a todos nosotros, no que vivamos a la altura de como podríamos vivir, sino a la altura de lo que ya somos.

No todos los políticos son deshonestos. Algunos de los candidatos a las elecciones locales, por ejemplo, son personas de carácter excepcional. Tenemos que tomar en serio la verdad. Debemos librar nuestras propias vidas de mentiras por lo que somos, y debemos esperar la verdad en nuestras familias y en los que dirigen este país.